

823
9

PG 2216
P4
S6
1910



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.



POQUITA COSA

(HISTORIA DE UN NIÑO)

PRIMERA PARTE

I

La fábrica

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1626 MONTERREY, T.

Nací el 13 de Mayo de 18... en una ciudad del Languedoc en la que hay, como en todas las ciudades del Mediodía, mucho sol, bastante polvo, un convento de Carmelitas y dos ó tres monumentos romanos.

Mi padre, el señor Eyssette, que en aquella época se dedicaba al comercio de pañuelos de seda, poseía en las puertas de la ciudad su gran fábrica, en uno de cuyos lados hablase arreglado una habitación cómoda, muy sombreada por los plátanos y separada de los talleres por un vasto jardín. Allí fué donde vine al mundo y pasé los primeros y únicos buenos años de mi vida, así por lo que mi memoria reconocida conserva imperecedero recuerdo del jardín, de la fábrica y de los plátanos, y cuando la ruina de mis padres me obligó á abandonar todo aquello, lo eché tan de menos como si se tratase de seres amigos.

Para empezar debo decir que mi nacimiento no aportó ninguna dicha á la familia Eyssette. Con mucha frecuencia me ha contado después la vieja Ana, nuestra cocinera, que mi padre, que, á la sazón se hallaba viajando, recibió

al mismo tiempo la noticia de mi aparición en el mundo y la de la desaparición de uno de sus clientes de Marsella, que se fué con más de cuarenta mil francos, y hubo un momento en que se preguntó, venturoso y desesperado al mismo tiempo, si debía llorar por la desaparición del cliente marsellés ó reír por la feliz llegada de Danielito. Era preciso llorar, mi buen señor Eyssette, y había que llorar por las dos razones.

Es una verdad; fuí la mala estrella de mis padres á los que, desde el día de mi nacimiento, asaltaron repetidas desgracias por veinte sitios distintos. Al principio fué el cliente de Marsella, luego dos fuegos en el mismo año, más tarde la huelga de las urdidoras y nuestras cuestiones con el tío Bautista y un ruinoso pleito con nuestros tratantes en colores y, por fin, la revolución de 18... que nos dió el golpe de gracia.

A contar de este momento, la fábrica no aleteó más que con un ala y poco á poco fuéronse quedando vacíos los talleres: cada semana dejaba de trabajar un telar y cada mes una mesa de los estampados. Daba pena ver cómo se alejaba la vida de nuestra fábrica lo mismo que de un cuerpo enfermo, lentamente, y todos los días un poco. Una vez dejó de entrarse en las salas del segundo; otra se condenó el patio del fondo y esto duró unos dos años, y durante este tiempo agonizó la fábrica hasta que llegó un día en que los obreros no comparecieron, dejó de sonar la campana de los talleres, dejó de rechinar la bomba del pozo, y el agua de los grandes algibes, en los que se lavaban los tejidos, quedó encharcada, y muy pronto la fábrica no tuvo más habitantes que el señor y la señora Eyssette, la anciana Ana, mi hermano Jacobo y yo, y además, allá abajo, en el fondo y encargado de la custodia de los talleres, el portero Colombé y su hijo, un niño, al que llamaban el Salmonete.

Aquello estaba terminado y nosotros arruinados.

Tenía yo por entonces seis ó siete años, y como era enteco y enfermizo, mis padres no habían querido enviarme á la escuela. Mi madre fué la que me enseñó á leer y escribir, y algunas palabras en español al mismo tiempo que dos ó tres tocatas en la guitarra, lo que contribuyó á que, entre la familia, me tuviesen por un prodigio en pequeño. Gracias á este sistema de educación, no me mo-

vía nunca de mi casa y pude presenciar con todos sus detalles la agonía de la casa Eyssette. Confieso que este espectáculo me dejó frío; sin embargo de que me pareció que semejante ruina tenía un lado muy agradable, puesto que me permitía corretear á mis anchas por toda la fábrica lo que, cuando estaba llena de obreros, no se me permitía más que los domingos. Decíale yo gravemente al Salmonete: «Ahora la fábrica es mía y me la han dado para que juegue». Y aquel chiquillo me creía, como creía todo lo que yo le decía. ¡Imbécil!

En casa, empero, no todos consideraron nuestra ruina con tanta satisfacción. De pronto el señor Eyssette se volvió terrible; de costumbre era de un natural inflamable, violento y exagerado al que gustaban los gritos, romperlo todo y los truenos y relámpagos, pero en el fondo era hombre de excelente carácter, que tenía la mano ligera, la palabra viva y sentía la imperiosa necesidad de hacer temblar á cuantos le rodeaban. La adversa fortuna en vez de abatirle le exasperó. Desde la mañana á la noche era presa de una cólera formidable y no sabiendo cómo desahogarse, acometía con todo, con el sol, con el mistral, con Jacobo ó con la anciana Ana ó con la revolución. ¡Oh! ¡sobre todo con la revolución de 18...! A haber oído á mi padre jurarais que esa revolución, que nos pusiera en tal aprieto, había estallado sólo en contra nuestra. Así, pues, puedo aseguraros que los revolucionarios no estaban en olor de santidad en casa de Eyssette, y sólo Dios sabe, cuánto dijimos en aquella época de semejantes señores... Aun hoy día, cuando el anciano papá Eyssette (¡que Dios me lo conserve!) se siente atacado por un acceso de gota, se tiende trabajosamente en una meridiana y le oímos decir: «¡Oh! ¡esos revolucionarios!»...

En la época de que os hablo, el señor Eyssette no tenía aún la gota, pero la pena que le causara su ruina le convirtió en un hombre terrible al que nadie se podía acercar y al que hubo necesidad de sangrar dos veces en quince días. A su alrededor todo el mundo se callaba, porque le tenían miedo, y en la mesa pedíamos en voz baja el pan y hasta no nos atrevíamos á llorar en su presencia, pero en cuanto volvía las espaldas no se oía más que un continuo sollozo de un extremo á otro de la casa; mi madre, la anciana Ana, mi hermano Jacobo y hasta mi hermano ma-

yor el abate, cuando venía á vernos, todo el mundo lloraba. Mi madre, y esto se concibe, lloraba al ver que el señor Eyssette era desgraciado, el abate y la vieja lloraban al ver llorar á la señora Eyssette y en cuanto á Jacobo, que era demasiado joven aun, para comprender nuestras desgracias, pues apenas tenía dos años más que yo, lo mismo lloraba de pena que de alegría.

Mi hermano Jacobo era un chiquillo singular; ¡he ahí uno que tenía el don de las lágrimas! En los recuerdos más lejanos que puedo evocar, le veo siempre con los ojos enrojecidos y las mejillas llenas de lágrimas. Por la tarde ó la mañana, de día ó de noche, en el colegio, en casa ó en el paseo, lloraba en todas partes y cuando se le preguntaba: «¿Qué tienes?» respondía sollozando: «No tengo nada» y lo más curioso era que, en efecto, no tenía nada. Lloraba con la misma facilidad con que uno se suena, con más frecuencia y á eso quedaba reducido todo. Exasperábase esto algunas veces al señor Eyssette, que solía decir á mi madre: «¿Qué criatura más ridícula! ¡Mira!» Y á esto acostumbraba la señora Eyssette á responder: «¿Qué quieres que yo le haga, amigo mío? Eso le pasará cuando crezca, yo á su edad era lo mismo.» Y mientras tanto Jacobo seguía creciendo, y hasta crecía bastante, y, sin embargo, «aquello» no le pasaba. Todo lo contrario; iba en aumento la singular aptitud que tenía aquel extraño muchacho para derramar sin fundamento ni razón torrentes de lágrimas. De modo que la desolación de nuestros padres fué para él una gran fortuna... de este modo pudo pasarse días enteros sollozando sin que nadie le preguntase: «¿Qué es lo que tienes?»

En resumen, que, tanto para Jacobo como para mí, nuestra ruina tenía un lado bueno. Por mi parte me consideraba muy dichoso porque nadie se ocupaba de mí y yo me aprovechaba de ello para pasarme jugando todo el día en compañía de Salmonete en los desiertos talleres, en los que nuestros pasos resonaban lo mismo que en una iglesia ó en los grandes y abandonados patios en los que crecía la hierba. El tal Salmonete, hijo del portero Colombe, era un chicleo de unos doce años, fuerte como un novillo, adicto como un perro, estúpido como una oca y notable por su encrespada cabellera roja á la que debía su apodo de Salmonete. Sólo que, voy á decíroslo, el Salmonete no

era para mí más que el Salmonete. Por turno era para mí el fiel Viernes, una tribu de salvajes, la tripulación sublevada de un buque, todo, en fin, lo que yo quería. Yo mismo, en aquella época, no me llamaba Daniel Eyssette, sino que era aquel hombre singular vestido de pieles de animales cuyas aventuras acababan de dejarme para que las leyese; mister Croussoe en persona. ¡Doble locura! Por las noches, terminada la cena, releía mi «Robinson», que me aprendía de memoria y durante el día lo representaba, pero con apasionamiento y cuanto me rodeaba intercalábalo yo en la comedia. La fábrica había dejado de ser la fábrica, era mi isla desierta ¡y bien desierta! Los algibes representaban el papel de Oceano y el jardín el de una selva virgen. Entre los plátanos pululaban una porción de cigarras que, sin sospecharlo siquiera, representaban también su papel en la obra.

Tampoco Salmonete se figuraba cuán importante era su papel; si le hubiesen preguntado quién era Robinson, habríanle puesto en grave compromiso y, no obstante, debo declarar que desempeñaba su papel con gran convicción y que para imitar el rugido de los salvajes, no había quien le superase. ¿En dónde lo aprendió? Lo ignoro, pero era el caso que aquellos rugidos de salvaje que sacaba del fondo de su garganta, al mismo tiempo que agitaba su erin rojiza, habrían hecho estremecer á los más valientes. Yo mismo, Robinson, tenía á veces apocado el corazón y me veía obligado á decirle en voz baja: «No tan fuerte, Salmonete, que me das miedo».

Por desgracia, si Salmonete sabía imitar tan bien á los salvajes, conocía á la perfección el vocabulario de palabras gruesas de los chicos de la calle y jurar por el nombre de Nuestro Señor. Jugando con él aprendí á hacer lo mismo, y un día, estando toda la familia en la mesa, no sé cómo se me escapó un tremendo juramento. ¡Consternación general! «¿Quién te ha enseñado eso? ¿En dónde lo oíste?» Aquello fué un acontecimiento y el señor Eyssette habló hada menos que de meterme en seguida en una casa de corrección; mi hermano, el abate, manifestó que ante todo debían mandarme á confesar, puesto que ya tenía la edad de la razón. Y me llevaron á confesar. ¡Qué gran suceso! Era necesario recoger en los rincones de la conciencia una porción de antiguos pecados que andaban desperdigados

por allí desde hacía siete años. Pasé dos noches sin dormir porque había una canasta llena de aquellos diablillos de pecados, y aunque colocara los más pequeños debajo, los otros también se veían, y cuando arrodillado ante el armario de encina, hube de mostrárselo todo al párroco de los Recoletos, creí morir de miedo y de confusión.

Todo concluyó; no quise jugar más con Salmonete; lo sabía á la sazón; fué San Pablo el que lo dijo, y el párroco de los Recoletos, el que me lo repitió: el demonio anda acechando continuamente á nuestro alrededor como un león «quoerens quem devoret». ¡Oh! Lo que es aquel «quoerens quem devoret», me produjo una gran impresión. Sabía también que ese intrigante de Lucifer toma cuantas caras se le antojan para tentarnos y no me habríais podido quitar de la cabeza la idea de que se había ocultado en la piel de Salmonete para enseñarme á blasfemar. Así, pues, al volver á la fábrica, mi primer cuidado fué el de advertir á Viernes que en adelante debía permanecer en su casa. ¡Infortunado Viernes! Semejante ukase le traspasó el corazón, pero se conformó con él sin exhalar una queja. Vile algunas veces en pie, al lado de la portería y hacia la parte de los talleres: estíbese allí en actitud triste, y cuando observaba que yo le miraba, lanzaba el desventurado los más tremendos rugidos para enternecerme, agitando al mismo tiempo su rojiza crin, pero cuanto más rugía, más le alejaba yo de mi lado pareciéndome que se asemejaba de una manera extraordinaria al famoso león «quoerens» y le gritaba: «¡Marchate, que me horrorizas!»

Durante algunos días, obstinóse Salmonete en seguir rugiendo de aquella manera, y esto duró hasta que, cansado su padre de aquellos rugidos á domicilio, le envió á rugir á un aprendizaje y no le volví á ver más.

El entusiasmo que me inspiraba Robinson, no se enfrió ni un momento y precisamente por aquellos tiempos, mi tío Bautista se cansó de un loro que me regaló. El loro reemplazó á Viernes y le instalé en una hermosa jaula en el fondo de mi residencia de invierno, y heme aquí más Robinson que nunca pasando mis días al lado de tan interesante volátil, y procurando hacerle decir: «¡Robinson! ¡Mi pobre Robinson!» ¡Comprendéis esto? El loro que mi tío Bautista me regalara para desembarazarse de su charla sempiterna, se empeñó en callarse en cuanto estuvo en mi

poñer y en no decir ni «pobre Robinson» ni nada que se le pareciese. A pesar de esto teniale yo mucho cariño y le cuidaba con gran esmero.

De este modo vivimos mi loro y yo en la más austera soledad, hasta que una mañana me sucedió una cosa verdaderamente extraordinaria. Aquel día había yo abandonado muy temprano mi cabaña y armado hasta los dientes, estaba haciendo un viaje de exploración á través de mi isla... De pronto observé que un grupo de tres ó cuatro personas se acercaba hacia el sitio en que yo me hallaba y que hablaban y gesticulaban con vivacidad. ¡Santo Dios! ¡Hombres en mi isla! No tuve tiempo más que para ocultarme detrás de un bosquecillo de laureles rosa, y, si no lo tomáis á mal, tenderme boca abajo... Aquellos hombres pasaron por mi lado y no me vieron... Me pareció que oía la voz de Colombe, el portero, lo que me tranquilizó un poco, pero, á pesar de esto, cuando estuvieron un poco lejos, salí de mi escondite y los seguí á cierta distancia para enterarme de qué significaba aquéello y en qué iba á parar...

Los desconocidos permanecieron mucho tiempo en mi isla visitándola de un extremo á otro, y enterándose de todos sus detalles. Les ví entrar en mis grutas y sondear con sus bastones la profundidad de mis oceanos. De vez en cuando se detenían meneando la cabeza, y todos mis temores fueron que llegasen á descubrir mis residencias. ¡Qué habría sido de mí, Dios mío! Por fortuna no sucedió nada de esto, y al cabo de un cuarto de hora, retiráronse aquellos hombres sin sospechar siquiera que la isla estaba habitada. En cuanto se marcharon, corrí á encerrarme en una de mis cabañas y pasé el resto del día preguntándome quiénes podían ser aquellos hombres y qué era lo que habían ido á hacer allí. Muy pronto lo supe. Por la noche, y durante la cena, el señor Eyssette, nos anunció solemnemente que estaba vendida la fábrica, y dentro de un mes, nos marcharíamos á Lyon, que era en donde, en adelante, debíamos residir.

Aquel fué un golpe terrible y me pareció que el cielo se venía abajo. ¡Vendida la fábrica! ¡Y con ella mi isla, mis grutas, mis cabañas! Mas ¡ay! isla, grutas y cabañas habíanlo vendido todo el señor Eyssette, y era preciso abandonarlas. ¡Cuánto lloré, Dios mío!

Durante un mes, y mientras que en casa procedían al embalaje de la cristalería y de la vajilla, paseéme triste y solitario por mi querida fábrica. Ya podéis suponer que no tenía el corazón para jugar ¡oh! ¡eso no! Ibanme á sentar á todos los rincones, y contemplando cuantos objetos me rodeaban, les hablaba lo mismo que si fuesen personas y decía á los plátanos: «¡Adiós, queridos amigos!» y á los algibes: «¡Esto ha concluído, no nos veremos más!» En el fondo del jardín había un granado, cuyas rojas y hermosas flores, abriéndose al sol y sollozando le dije: «Dame una de tus flores». Y me la dió. Guardémela en el pecho como un recuerdo suyo. Era yo muy desgraciado.

En medio de aquel dolor, había, sin embargo, dos cosas que me hacían sonreír: ante todo, la idea de hacer un viaje en un barco, y después, el permiso que me concedieran para llevarme conmigo á mi loro. Decíame yo, que Robinson, había abandonado su isla en condiciones casi semejantes y esto me dió algún valor.

Llegó, por fin, el día de la marcha. Hacía ya una semana que el señor Eyssette se hallaba en Lyon, habiendo tomado la delantera con los muebles de mayor tamaño y peso, por lo que yo empecé el viaje en compañía de Jacobo, de mi madre y de la vieja Ana. Mi hermano mayor, el cura, no marchó con nosotros pero nos acompañó hasta la diligencia de Beaucaire, lo mismo que Colombe, el portero. Este iba delante de nosotros con un gran carretón de mano cargado de equipajes, y detrás iba mi hermano, el cura, dando el brazo á la señora Eyssette. ¡Pobre hermano mío, al que no debía volver á ver! Seguía Ana, llevando á un lado un enorme paraguas azul, y al otro á Jacobo, que estaba muy contento porque marchaba á Lyon, y que, sin embargo, sollozaba. Y, por último, á la cola de la columna marchaba Daniel Eyssette, llevando con mucha gravedad, la jaula del loro, y volviéndose á cada paso, para contemplar su querida fábrica. A medida que la caravana se alejaba, enderezábase más y más el árbol de las granadas para verla una vez más, y los plátanos agitaban sus ramas en señal de despedida, mientras que Daniel Eyssette, muy conmovido, enviábales furtivamente besos á todos con la punta de los dedos.

Abandoné mi isla, el 30 de Septiembre de 18...

II

Las correderas

¡Oh! ¡Qué impresión más profunda me dejasteis cosas de mi infancia! Me parece que aquel viaje por el Ródano se verificó ayer. Veo aún el vapor, sus pasajeros y su tripulación; oigo el ruido de sus ruedas y el silbido de sus máquinas. El capitán se llamaba Genies y el contra-maestre Montelimar. Cosas como esas no se olvidan. La travesía duró tres días que pasé sobre cubierta no bajando al salón más que lo preciso para dormir y comer; pasando el resto del tiempo al otro extremo del vapor al lado del ancla. Había allí una campana muy grande que tocaban al entrar en las poblaciones y yo me sentaba á su lado entre unos rollos de cuerda, colocando la jaula entre mis piernas y fuirando á todas partes. Era tan ancho el Ródano que apenas se veían sus orillas y yo hubiera querido que lo fuese aun más para poderle llamar ¡el mar! Refrase el cielo y era verde la onda y grandes barcazas bajaban por el río siguiendo la corriente. Algunos marineros que vadeaban el río montados en mulas, pasaban cantando á poca distancia del vapor. Otras veces éste costaba algún islote muy frondoso lleno de juncos y de sauces, y me decía en mi fuero interno y contemplándolo con ansia: «¡Oh! ¡una isla desierta!»

Al terminar el tercer día, creí que íbamos á tener una tempestad; el cielo se oscureció de pronto y sobre el río se cernía una espesa niebla; á proa del vapor colocaron un gran farol encendido y ¡já fe mía! confieso que, al ver todos aquellos síntomas, empecé á estar inquieto y emocionado. En aquel momento alguien dijo á mi lado:

—¡Ahí está Lyon!

Y al mismo tiempo empezó á repicar la gran campana.

De una manera confusa, y entre la niebla, ví brillar luces en una y otra orilla; pasamos por debajo de un puente, y poco después bajo otro. A cada momento doblábase

en dos el enorme tubo de la chimenea, y escupía á torrentes un humo negro que hacía toser, mientras que sobre cubierta reinaba un desorden indescriptible. Los pasajeros buscaban sus equipajes y los marineros renegaban y entre la sombra hacían rodar toneles. Estaba lloviendo.

Me apresuré á irme á reunir con mi madre, Jacobo y Ana, que se hallaban al otro extremo del vapor y hénos á los cuatro muy juntitos y apretados unos contra otros, bajo el gran paraguas de Ana, en tanto que el vapor se colocaba junto á los muelles y empezaba el desembarco. La verdad es que si el señor Eyssette no hubiese venido á sacarnos, aún estaríamos allí. Se acercó á nosotros á tientas y gritando:

—«¡Quién vive! ¡Quién vive!»

Al oír aquel «quién vive» tan conocido, respondimos:

—«¡Amigos!»—los cuatro á la vez, pero con una dicha y un alivio inexplicable... El señor Eyssette nos dió apresuradamente un abrazo, nos cogió á mi hermano y á mí y dijo á las mujeres:

—«¡En marcha!»—y así lo hicimos. ¡Ah! ¡Era todo un hombre!

Nos adelantábamos con mucho trabajo; era de noche, y la cubierta estaba resbaladiza y á cada momento se tropezaba con algún bulto... De pronto, hacia la proa del vapor se oyó un grito estridente, desolado que llegó hasta nosotros:

—«¡Robinson! ¡Robinson!»—decía la voz.

—¡Dios mío!—exclamé haciendo por desasir mi mano de la de mi padre, y éste creyendo que me había resbalado me sujetó con más fuerza mientras que la voz, más estridente y más desolada repetía:

—«¡Robinson! ¡Pobre Robinson mío!»

Hice un nuevo esfuerzo para desasir mi mano y grité:

—«¡Mi loro! ¡Mi loro!»—y Jacobo preguntó:

—¿Habla ya?

¡Qué si hablaba! Se le oía desde una legua y en mi turbación le había olvidado en la proa, al lado del ancla y desde allí me llamaba gritando con todas sus fuerzas:

—¡Robinson! ¡Pobre Robinson mío!

Por desgracia estábamos muy lejos y el capitán daba voces para que nos apresurásemos.

—Volveremos mañana á buscarle, en los vapores no se

pierde nada,—dijo el señor Eyssette y, á pesar de mis lágrimas, me obligaron á seguirlos.

¡Qué diantre! al día siguiente enviamos á buscarlo y no lo encontraron... Juzgad cuán grande sería mi desesperación ¡ya no tenía ni á mi loro ni á Viernes! Robinson era imposible. No había medio, ni aun con la mejor voluntad del mundo de forjarse una isla desierta en un cuarto piso de una casa sucia y húmeda de la calle de la Linterna. ¡Oh! ¡Qué casa más horrorosa! Toda mi vida la veré: la escalera era resbaladiza, el patio parecía un pozo y el portero, un zapatero, tenía su cuchitril junto á la bomba... Era asqueroso todo.

La noche de nuestra llegada, la pobre vieja Ana dió un grito de angustia al instalarse en la cocina:

—¡Las correderas! ¡Las correderas!

Fuimos corriendo ¡qué espectáculo! La cocina toda estaba llena de tan repugnantes bichos; habíalos sobre los vasos, en las paredes, en la chimenea, en el armario; no existía un sitio que estuviese libre de ellos. Sin querer se les aplastaba ¡qué asco! Anita había matado muchos, pero cuantos más mataba, más se presentaban. Entraban por el agujero del fregadero, lo tapamos y al día siguiente entraron por otro lado, no se sabe por donde. Fué preciso echar mano de un gato para que los matase y todas las noches había en la cocina una espantosa carnicería. Las correderas me hicieron odiar á Lyon desde el primer día. Lo que pasó al día siguiente fué mucho peor porque hubo que amoldarse á nuevas costumbres. Las horas de las comidas no eran las mismas. Los panes no tenían la misma forma que en nuestro pueblo y les llamaban coronas ¡vaya un nombre! y en la carnicería, cuando Ana pedía carne para la parrilla y decía una carbonada, se le refan en sus narices ¡no sabía aquel salvaje carnicero lo que era una carbonada! ¡Ah! ¡Cuánto me entristecí y aburrí!

El domingo, para distraernos algo, nos íbamos de paseo toda la familia por las orillas del Ródano y por sus muelles é instintivamente nos dirigíamos siempre hacia el Mediodía, hacia la parte de Perrache, y mi madre, que languidecía aún más que yo, solía decir:

—Me parece que esto nos acerca á nuestra tierra...

Estos paseos de familia eran muy lúgubres. El señor Eyssette gruñía, Jacobo no dejaba un momento de llo

rar y yo, que siempre iba detrás, no sé por qué, tenía vergüenza de salir á la calle, sin duda porque éramos pobres.

Al cabo de un mes cayó enferma Ana, á la que las niéblas mataban, y no hubo más remedio que mandarla al Mediodía. Aquella pobre mujer, que quería entrañablemente á mi madre, no se podía decidir á abandonarla. Suplicó y rogó que no la enviásemos á la tierra y prometió no morirse por lo que hubo que embarcarla á la fuerza. En cuanto llegó al Mediodía, fué tanta su pena, que se casó.

Después de marcharse Ana se resolvió no tomar ninguna criada más, lo que me pareció el colmo de la miseria... La mujer del portero subía para ayudar y hacer lo más pesado del trabajo, y mi madre se calcinaba con el fuego de las hornillas aquellas hermosas manos que á mí me gustaba tanto besar, y en cuanto á la compra, Jacobo era el encargado de hacerla. Le colgaban del brazo un gran cesto y le decían:

—Comprarás esto y lo otro.

Y él compraba esto y lo otro, pero muy bien, aunque eso sí, siempre lloriqueando.

¡Pobre Jacobo! Tampoco era dichoso porque el señor Eyssette, al verle llorando siempre, le había tomado cierta ojeriza y no le escaseaba los puntapiés, y en todo el día no se oía decir más que:

—¡Eres un animal, Jacobo... eres un asno!

La verdad del caso era que cuando su padre estaba delante, no sabía Jacobo lo que se hacía y sus esfuerzos para contener las lágrimas le afeaban. El señor Eyssette tenía mala sombra para él. Ved lo que pasó en la escena del cántaro:

Una noche, y en el momento de irnos á sentar á la mesa, advirtieron de que en casa no había ni una gota de agua.

—Si queréis yo iré á buscarla,—dijo el bueno de Jacobo y cogió un gran cántaro de barro mientras que el señor Eyssette se encogía de hombros, diciendo:

—Con seguridad que si va Jacobo, rompe el cántaro.

—Ya lo oyes, Jacobo,—dijo la señora Eyssette con su voz serena,—ten mucho cuidado y no lo rompas.

El señor Eyssette continuó:

—Por mucho que le encargues que no lo rompa, no por eso dejará de hacerlo.

—¿Y por qué queréis que lo rompa?—preguntó la voz lastimera de Jacobo. Y con un tono que no admitía réplica, contestóle su padre:

—Yo no quiero que lo rompas, lo que digo es que lo romperás.

Jacobo no respondió y cogiendo el cántaro con ademán febril se marchó bruscamente como queriendo decir:

—¡Ah! ¿Con qué lo romperé? Está bien, vamos á verlo.

Pasaron cinco minutos... diez y Jacobo no volvía. La señora Eyssette empezó á apenarse y exclamó:

—¡Con tal que no le haya pasado nada!

—¡Pardiez! ¿Qué quieres que le haya pasado?—dijo con acento malhumorado el señor Eyssette.—Ha roto el cántaro y no se atreve á presentarse aquí.

Y al mismo tiempo que decía esto con mal humor, y eso que era el hombre más excelente del mundo, se puso en pie y se fué á entreabrir la puerta para ver lo que le había pasado á Jacobo. No tuvo que andar mucho. Jacobo estaba en pie en el descansillo, con las manos vacías y muy cariacontecido, petrificado. Al ver al señor Eyssette palideció y con voz desgarradora y débil ¡oh! muy débil, murmuró:

—¡Lo he roto!

Sí, lo había roto y en los archivos de casa de Eyssette llamamos á esto la escena del cántaro.

Hacia cosa de dos meses que nos hallábamos en Lyon, cuando nuestros padres se ocuparon de nuestros estudios. Mi padre hubiera querido que ingresáramos en algún colegio, pero esto era muy caro.

—¿Y si los enviásemos á la escolanía?—observó la señora Eyssette.—Parece que los chicos no están del todo mal.

La idea no desagradó á mi padre y como San Nazario era la iglesia que estaba más cercana, á su escolanía nos enviaron.

¡Y qué divertida era la escolanía! En vez de atiborrarnos la cabeza con el griego y el latín, como hacían en los colegios, nos enseñaban á ayudar la misa mayor y la rezada, á cantar antifonas, á hacer genuflexiones y á man-

L'equita Cosa.—2

jar con elegancia el incensario, lo cual es muy difícil. Había, entre horas, algunas destinadas á las declinaciones y al epítome, pero esto no era más que accesorio, porque, ante todo, no estábamos allí más que para el servicio de la iglesia y, por lo menos, una vez por semana, nos decía entre dos tomas de rapé el abate Micou, con aire solemne:

—Mañana, señores, no hay clase por la mañana, pues estamos de entierro.

Estábamos de entierro ¡qué dicha! Además había bautizos, casamientos, una visita de monseñor, el viático que se llevaba á un enfermo. ¡Ah! ¡Y qué orgulloso se estaba cuando se le podía acompañar! El sacerdote iba bajo un pequeño palio de terciopelo rojo llevando la hostia y los santos óleos, y dos monaguillos sostenían el palio y otros dos los escoltaban llevando grandes farolas doradas, y delante iba un quinto monaguillo haciendo sonar una carraca. Por lo general estas eran mis funciones. Al pasar el viático descubriábanse los hombres y se persignaban las mujeres y si lo hacía por delante de algún cuerpo de guardia el centinela gritaba:

—¡A las armas!—y los soldados acudían apresuradamente á ponerse en fila.

—¡Presenten armas!—ordenaba el oficial, y los fusiles sonaban en el suelo y el tambor tocaba marcha mientras que yo agitaba por tres veces mi carraca lo mismo que en el «Sanctus» y pasábamos.

Cada uno de nosotros tenía en un armario un equipo completo de eclesiástico: una sotana negra con larga cola, un alba, un sobrepelliz, con grandes mangas almidonadas, medias de seda negra, dos bonetes, uno de paño y otro de terciopelo, y unas cuantas valonas bordadas con cuentas blancas; todo, en fin, lo que se necesitaba.

Según parece, el traje me sentaba muy bien, y en concepto de la señora Eyssette, no se podía pedir más, pero era demasiado pequeño y esto me desesperaba. Figuráos que, ni aun poniéndome de puntillas, apenas tenía la altura de las medias blancas del señor Cadufe nuestro peluquero ¡y era además tan enteco! Una vez en misa y al cambiar de sitio los Evangelios, el peso del libro que era muy grueso, me arrastró y caí todo lo largo que era en las gradas del altar. El atril se rompió y tuvo que interrumpirse

el servicio divino. Era un día de Pentecostés ¡qué escándalo!... Dejando á un lado todos estos pequeños inconvenientes de mi estatura, estaba yo muy contento con mi suerte y con mucha frecuencia, por la noche, y en el momento de acostarnos, decíamos yo y Jacobo:

—En verdad que no es cosa mala ser monaguillo.

Por desgracia nosotros lo fuimos poco tiempo. Un amigo de la familia, rector de una Universidad en el Mediodía escribió un día á mi padre diciéndole que si quería una beca, de externo, en el colegio de Lyon, para uno de sus hijos, podía proporcionársela.

—Será para Daniel,—dijo el señor Eyssette y mi madre preguntó:

—¿Y Jacobo?

—¡Ah! A Jacobo le quiero tener á mi lado porque me será muy útil. Además he observado que tiene mucha afición al comercio. Haremos de él un negociante.

Confieso de buena fe que no sé cómo pudo advertir el señor Eyssette que á Jacobo le gustase el comercio. En aquellos tiempos lo único que le gustaba al pobre muchacho eran las lágrimas y si le hubiesen consultado... pero no le consultaron, ni á mí tampoco.

Lo que más me llamó la atención cuando entré en el colegio, fué el que yo era el único que llevaba blusa. En Lyon los hijos de los ricos no gastan blusa y sólo la usan los chicos de la calle. Yo tenía una blusita á cuadros que procedía de la fábrica... llevaba blusa y mi aspecto era el de un chicuelo de la calle. Cuando entré en la clase mis condiscípulos se echaron á reír y se dijeron:

—¡Calla! Lleva blusa.

El profesor hizo un gesto y en seguida me tomó ojeriza y desde entonces, siempre que me habló fué despreciativamente y á la pura fuerza. No me llamaba por mi nombre, sino que sencillamente decía:

—¡Eh! ¡Poquita Cosa!

Y sin embargo, yo le había dicho más de veinte veces que me llamaba Daniel Eyssette. Al cabo mis condiscípulos me apodaron «El poquita cosa», y ese apodo me quedó.

No fué solamente mi blusa lo que hizo que me distinguiese de los demás niños que tenían hermosas carteras de cuero amarillo, tinteros de boj que oían muy bien,

cuadernos encartonados, libros nuevos con muchas notas al pie, mientras que mis libros estaban comprados en algún baratillo de los de los muelles, y eran sucios, ajados y oían á rancio, y muchas veces tenían las cubiertas rotas y otras les faltaban hojas. Jacobo, por su parte, hacía grandes esfuerzos para encuadernármelos con cartón grueso y cola de carpintero, pero siempre usaba con exceso de ésta y oían mal. Me hizo también una cartera con muchas bolsas y muy cómoda, pero adolecía del mismo defecto: exceso de cola. La necesidad de usar de la cola y de encartonar, habíase convertido en Jacobo en una manía como la necesidad de llorar. Tenía siempre constantemente delante del fuego una porción de cacharritos para calentar cola y en cuanto podía escaparse un momento del almacén pegaba, encuadernaba y encartonaba. El resto del tiempo lo pasaba yendo y viniendo con paquetes, escribiendo al dictado ó haciendo la compra para la casa: el comercio en fin.

En cuanto á mí, yo había comprendido que cuando se tenía una beca de caridad, se llevaba blusa y le llamaban á uno «Poquita Cosa» era preciso trabajar dos veces más que los otros para ser su igual y ¡á fe mía! Poquita Cosa trabajó con toda la energía de que era capaz.

—¡Bien por Poquita Cosa! Le veo durante el invierno en su cuarto sin fuego, sentado ante su mesa de trabajo y con las piernas envueltas con una manta, mientras que afuera la escarcha empañaba los cristales y en el almacén se oía al señor Eyssette que dictaba: «He recibido vuestra atenta de ocho de los corrientes»,—y la voz llorosa de Jacobo que repetía: «He recibido vuestra atenta de ocho de los corrientes»...

De vez en cuando abríase quedamente la puerta de la habitación y entraba la señora Eyssette acercándose de puntillas á Poquita Cosa, al que decía en voz baja:

—¿Trabajas?

—Sí, madre mía.

—¿Y no tienes frío?

—No,—respondía Poquita Cosa mintiendo, porque tenía mucho y su madre sentábase á su lado con su media y permanecía allí muchas horas contando en voz baja los puntos y exhalando de vez en cuando un profundo sus-

piro. ¡Pobre señora! Acordábase á todas horas de aquel país querido que no esperaba volver á ver, mas ¡ay! y que por su desgracia, y por la de todos, iba á visitar muy pronto.

III

¡Ha muerto, rogado por él!

Fué un lunes del mes de Julio. Aquel día al salir del colegio me fuí con mis compañeros á jugar, y cuando traté de volver á casa era mucho más tarde de lo que yo había deseado. Desde la plaza de los Terreaux á la calle de la Lanterne fuí de una carrera sin detenerme, llevando los libros en el cinturón y la gorra en la boca. No obstante, como le tenía mucho miedo á mi padre, me detuve un momento en la escalera para tomar aliento; el tiempo necesario para inventar una historia con la que poder explicar por qué me había retardado. Hecho esto llamé animosamente.

El señor Eyssette en persona salió á abrimme, diciéndome: «¡Qué tarde vienes!» Temblando, empecé á contarle una mentira, pero el buen hombre no me dejó concluir, y atrayéndome hacia sí, me abrazó y besó larga y silenciosamente, y como yo esperaba una fuerte reprimenda, semejante acogida me sorprendió. Mi primera idea fué que estaba en casa el párroco de San Nazario para comer con nosotros y sabía por propia experiencia que en semejantes ocasiones no nos reprendían, pero al entrar en el comedor me convencí en seguida de que me había engañado. En la mesa no había más que dos cubiertos, el de mi padre y el mío, y admirado pregunté: «¿Y mi madre? ¿Y Jacobo?» y el señor Eyssette, con una dulzura á que no me tenía acostumbrado, me respondió: «Tu madre y Jacobo se marcharon, Daniel. Tu hermano el cura está muy enfermo», y, al ver que yo me había puesto muy pálido, añadió casi alegremente para tranquilizarme: «Cuando digo

muy enfermo es para no decirte otra cosa. Me han escrito que el cura estaba en cama. Ya conoces á tu madre y se empeñó en marcharse y yo quise que la acompañase Jacobo. En resumen, que no será nada. Ahora siéntate ahí y comamos, porque me estoy cayendo de necesidad».

Sentéme á la mesa sin decir nada, pero tenía el corazón muy oprimido y pasé todos los trabajos del mundo para contener mis lágrimas al pensar que mi hermano el cura estaba enfermo. Comimos tristemente el uño enfrente del otro y sin decirnos ni una palabra. El señor Eyssette comía muy deprisa, bebía á grandes sorbos y después se detenía de pronto, quedándose muy pensativo... En cuanto á mí, inmóvil en el extremo de la mesa y como herido por doloroso estupor, acordábame de las hermosas historias que el abate me contaba todas las veces que iba á la fábrica. Velale recogíendose animosamente la sotana para pasar por encima de los charcos. Recordaba también el día de su primera misa, á la que asistió toda la familia, y de lo hermoso que estaba cuando vuelto hacia nosotros dijo el «Dominus vobiscum» con una voz tan dulce que hizo llorar de alegría á la señora Eyssette. A la sazón velale allá abajo en cama, enfermo, ¡oh! muy enfermo, algo me lo decía y lo que redoblaba mi pena al saber que estaba así, era una voz que oía y que me gritaba desde el fondo del corazón: «¡Dios te castiga! ¡Es tu falta! ¡Debías haber vuelto sin entretenerle y no mentir!» y dominado por tan horrendo pensamiento de que Dios para castigarle iba á hacer morir á su hermano, desesperábase Poquita Cosa y decía en su interior: «¡No! ¡Jamás! ¡Jamás volveré á jugar á pares ó nones al salir del colegio!»

Terminada que fué la comida se encendió la lámpara y empezó la velada. Sobre el mantel y entre los restos de los postres colocó el señor Eyssette sus gruesos libros de comercio y empezó á hacer en alta voz sus cuentas. Finito, el gato de las correderas, daba vueltas alrededor de la mesa maullando tristemente, y yo había abierto la ventana y asomádome. Era de noche y hacía un aire pesado... Se oía abajo á las gentes hablar y reír delante de sus puertas, y á los tambores del fuerte de Loyasse tocar á lo lejos... Hallábanse allí hacía unos cuantos instantes pensando en cosas muy tristes y mirando vagamente en la obscuridad cuando un campanillazo dado con violencia me

arrancó bruscamente de mi ventana. Miré con terror á mi padre y se me figuró ver pasar por su rostro el estremecimiento de angustia y de terror que acababan de apoderarse de mí. Aquel campanillazo le había asustado á él también y me dijo muy bajito:

—¡Han llamado!

—No se mueva usted, padre; iré yo,—contesté y me lancé hacia la puerta. En el dintel de ésta hallé á un hombre en pie y le entreví entre la sombra tendiéndome alguna cosa que yo no me atrevía á coger, y me dijo:

—Es un despacho.

—¡Dios mío! ¿Y para qué?—y lo cogí estremeciéndome y empujando la puerta, pero aquel hombre me impidió cerrarla poniendo el pie, y me dijo friamente:

—Hay que firmar.

—¡Era preciso firmar! Yo no lo sabía. Era el primer despacho que recibía.

—¿Quién hay ahí, Daniel?—me preguntó el señor Eyssette y su voz temblaba.

—Nadie, un pobre,—le respondí y haciendo una señal á aquel hombre para que me esperase, corrí á mi cuarto, mojé á tientas una pluma en la tinta y volví. El ordenanza me dijo:

—Firme usted ahí.

Poquita Cosa firmó con mano temblorosa á la luz de las lámparas de la escalera. En seguida cerró la puerta y entró llevando el despacho oculto bajo la blusa. ¡Oh! Sí, te tenía oculto bajo mi blusa telegrama portador de desgracia, pues no quería que el señor Eyssette te viese, porque de antemano sabía que venías á anunciarnos alguna cosa muy terrible y cuando te abrí no me comunicaste nada nuevo, ¿lo oyes despacho? ¡No me anunciaste nada que mi corazón no hubiese ya adivinado!

—¿Era un pobre?—me preguntó mi padre mirándome y sin enrojecer le respondí:

—Era un pobre.

Y para despistar sus sospechas volví á ocupar mi sitio en la ventana, y allí permanecí algún tiempo sin moverme ni hablar, estrechando contra mi pecho aquel papel que me abrasaba. En algunos momentos traté de razonar para inspirarme valor, diciéndome: «¿Tú qué sabes? Puede ser una buena noticia ó que escriban diciéndonos que

está curado; pero, en el fondo comprendía yo que esto no era verdad, que me mentía á mí mismo y que el despacho no decía que mi hermano estaba curado.

Decidíme al cabo á marcharme á mi cuarto para saber de una vez á qué atenerme. Salí lentamente del comedor, como si hiciese lo más natural, mas en cuanto me hallé en mi cuarto, ¡con qué rapidez encendí la lámpara! ¡Y de qué modo temblaban mis manos al abrir aquel despacho de muerte! ¡Y con qué lágrimas tan abrasadoras lo roció en cuanto lo hube abierto!... Veinte veces seguidas lo leí confiando siempre en que me había equivocado, pero ¡pobre de mí en vano lo leí y releí y le dí vueltas en todos sentidos, porque no pude lograr hacerle decir otra cosa que lo que decía desde un principio, lo que yo sabía muy bien que diría: ¡HA MUERTO! ¡ROGAD POR EL!

Ignoro cuánto tiempo permanecí allí en pie y llorando ante aquel despacho abierto, y no me acuerdo de más, sino de que los ojos me escocían de una manera extraordinaria y que antes de salir de mi cuarto me lavé varias veces la cara con agua fría. Marchéme luego al comedor, en el que entré llevando en mi crispada manita el despacho tres veces maldito.

¿Y qué era lo que yo iba á hacer? ¿De qué modo arreglármelas para anunciar á mi padre tan cruel noticia que una ridícula niñería me impulsó á reservarme para mí? ¿Acaso no lo habría sabido un poco antes ó un poco después? ¡Qué locura! Al menos si yo me hubiese presentado á él cuando llegó el despacho lo hubiéramos abierto juntos y al presente todo estaría terminado.

Mientras tanto que hacía estas reflexiones me aproximé á la mesa yéndome á sentar al lado del señor Eyssette, precisamente á su lado. El pobre hombre acababa de cerrar sus libros y con las barbas de la pluma se entretenía en hacer cosquillas en el blanco hociquillo á Finito. Al ver que se divertía de aquella manera se me oprimió el corazón. Veía su cara leal y buena, que la luz de la lámpara iluminaba á medias, animarse y sonreír en algunas ocasiones y tenía ganas de decirle:

—¡Oh! ¡No ríal! ¡No ría así, se lo suplico!

Y entonces, en el momento en que con el despacho en la mano, mirábale yo tristemente, levantó el señor Eyssette la cabeza y nuestras miradas se cruzaron; no sé lo que vió

en la mía, pero lo que sí sé es que su rostro se descompu-so de pronto, al mismo tiempo que de su pecho se escapaba un grito y me decía con una voz que partía el corazón:

—Ha muerto ¿no es verdad?

El papel se me escapó de la mano y caí sollozando en sus brazos, y los dos lloramos mucho y sin consuelo, en brazos el uno del otro, mientras que á nuestros pies Finito jugaba con el estrujado despacho; ¡horrible despacho de muerte! causa de todas nuestras lágrimas.

Escuchadme; no miento. Hace muchísimo tiempo que pasaron todas esas cosas; hace mucho tiempo que reposa bajo tierra el querido abate, al que tanto quise; pues bien, aun hoy me sucede, cuando recibo un despacho telegráfico, no puedo abrirlo sin experimentar un estremecimiento de terror: figúraseme que voy á leer «ha muerto» y que es preciso «rogar por él».

IV

El cuaderno rojo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Suele encontrarse en los antiguos misales unas inocentes iluminaciones, en las que Nuestra Señora de los Dolores está representada, teniendo en cada una de sus mejillas una grande y profunda arruga, cicatriz divina que el artista colocó allí como para decirnos: ¡Mirad cuánto ha llorado! Aquella arruga, la de lágrimas, juró haberla visto en el enflaquecido rostro de la señora Eyssette cuando regresó de Lyon después de haber enterrado á su hijo.

Desde aquel día ¡pobre madre! no quiso sonreír más. Sus trajes fueron siempre negros y su rostro estuvo desolado y lo mismo en sus ropas que en su corazón llevó gran luto que no abandonó jamás. Por otra parte nada cambió en casa de Eyssette; todo tomó allí un carácter algo más lúgubre y á eso quedó reducido todo. El párroco de San Nazario dijo unas cuantas misas por el descanso eterno del alma del abate; se cortaron dos trajes negros para los

niños, aprovechando para ello una antigua capa del padre, y la vida, la triste vida volvió á comenzar.

Hacia ya mucho tiempo que nuestro querido cura había muerto, cuando una noche, y á la hora de acostarnos, me chocó mucho el ver que Jacobo cerraba la puerta de nuestro cuarto dando dos vueltas á la llave, que tapaba cuidadosamente todas sus hendiduras y, hecho esto, acercarse á mí con un gran aire de solemnidad y de misterio.

Es necesario que os diga que desde que regresara del Mediodía se había operado un cambio muy notable en las costumbres del amigo Jacobo. Ante todo, y habrá pocas personas que quieran creerlo, ya no lloraba ó muy poco, al menos, y se le había pasado casi del todo su loca afición á encuadernar y encartonar, y, á la sazón, si necesitabais un cartapacio, era preciso que os pusieseis de rodillas para obtenerlo. ¡Cosa increíble! Hacia ocho días que tenía sobre la mesa y sin concluir una sombrerera que le encargara la señora Eyssette... En casa nadie se apercebía de lo que ocurría, pero yo notaba que á Jacobo le pasaba algo, y muchas veces le sorprendían en el almacén haciendo gestos y hablando solo. Por la noche no dormía; oíanle mascullar palabras entre dientes, hasta que de pronto saltaba de la cama y se ponía á pasear muy agitado por la habitación. Nada de esto era natural y me daba mucho miedo cuando pensaba en ello, pareciéndome que Jacobo se iba á volver loco. Aquella noche, cuando le ví cerrar la puerta de nuestro cuarto, dando vueltas á la llave, volviésemme á ocurrir la idea de la locura y no pude reprimir un movimiento de terror. ¡Pobre Jacobo! No se apercebía de ello, y estrechando gravemente una de mis manos entre las suyas, me dijo:

—Te voy á confesar una cosa, Daniel, pero es preciso que jures que no hablarás á nadie de ello.

Comprendí en seguida que Jacobo no estaba loco y sin vacilar, respondí:

—Te lo juro, Jacobo.

—¡Está bien! ¿No sabes?... ¡Cállatel... ¡Estoy haciendo un poema!

—¡Un poema! ¡Qué estás haciendo un poema, Jacobo! Por toda respuesta sacóse Jacobo del pecho un enorme cuaderno rojo que él mismo encartonara, y á la cabeza del

que había escrito con su mejor letra: ¡RELIGIÓN! ¡RELIGIÓN! «poema en doce cantos, por Jacobo Eyssette». Esto era una cosa tan grande que casi me dió un vértigo. ¿Lo comprendéis? Jacobo, mi hermano Jacobo, un muchacho de trece años, el Jacobo de los sollozos y de los botecillos de cola, componía «¡Religión! ¡Religión!» poema en doce cantos. ¡Y nadie lo sospechaba! Y seguían enviándole á casa de los herbolarios y á la plaza con un cesto bajo el brazo, y su padre le decía con más frecuencia que nunca:

—¡Eres un asno, Jacobo!

¡Ah! ¡De qué buena gana, querido Jacobo Eyssette, os hubiera saltado al cuello, si me hubiese atrevido, pero no me atrevía. ¡Pensadlo bien! «¡Religión! ¡Religión!» poema en doce cantos... No obstante la verdad me obliga á decir que aquel poema en doce cantos estaba muy lejos de estar terminado. Es más, creo que no había hecho más que los cuatro primeros versos del canto, pero ya sabéis que lo que cuesta en esas obras es empezar; y como decía con sobrada razón Jacobo Eyssette: «Ahora que tengo hechos los cuatro primeros versos, lo demás no significa nada: no es más que cuestión de tiempo». (1)

Ese resto, que no era más que cuestión de tiempo, no lo pudo hacer jamás Jacobo Eyssette, ¿qué queréis? Los poemas tienen sus destinos y parece que el de ¡Religión! ¡Religión! era el de no ver terminados sus doce cantos. En vano trabajó el poeta, pues no pasó de los cuatro primeros versos. Era una cosa fatal. Al cabo impacientado el pobre muchacho envió el poema al diablo y despidió á la musa (en aquellos tiempos se decía aún la musa). El mismo día en que lo hizo volvieron á empezar los lagrimeos y desaparecieron ante la lumbre los botecillos de cola... ¿Y el cuaderno rojo? ¡Ah! Este tenía su destino. Jacobo me dijo: «Tómalo, escribe en él lo que quieras». ¿Y sabéis lo que puse? ¡Mis poesías, pardiez! Las poesías de Poquita Cosa. Jacobo me había contaminado su enfermedad.

Y ahora, si en ello no tiene inconveniente el lector, y

(1) Hélos aquí esos cuatro versos tal como los leí aquella noche, escritos con hermosa redondilla y en la página del cuaderno rojo:

¡Religión! ¡Religión!
¡Palabra sublime! ¡Misterio!
Voz solitaria, conmovedora.
¡Compasión! ¡Compasión!

No os riáis de ellos, pero le costó muchísimo trabajo el hacerlos.

mientras que Poquita Cosa se dedica á hacer rimas, franguearemos de un salto cuatro ó cinco años de su vida, pues tengo prisa para llegar á cierta primavera de 18... cuyo recuerdo no ha podido olvidar aún la casa Eyssette. Como aquellas fechas las hay en todas las familias.

Por otra parte nada perderá el lector con no conocer ese fragmento de mi vida que se pasa en silencio. Repitióse en él siempre la misma canción: ¡lágrimas y miseria! Los negocios no marchaban bien, el pago de los alquileres se retrasaba, los acreedores se insolentaban y escandalizaban, vendiábase las alhajas de la madre y la plata se llevaba al Monte de Piedad, los pantalones tenían remiendos, y agujeros las sábanas de la cama; sufríanse privaciones de todas clases y humillaciones diarias; oíase el eterno ¿cómo lo haremos mañana? y el insolente camapanillazo de los dependientes del juzgado, y el portero sonreía cuando se pasaba por delante de él. Y después los préstamos, los protestos... y después... después...

Henos aquí en 18... y en el año en que Poquita Cosa acabó sus estudios de filosofía. Era, si tengo buena memoria, un joven muy pretencioso que se consideraba seriamente todo un filósofo y un poeta, y, por otra parte, con tan poca estatura como una bota, y sin pelo de barba en su cara. Una mañana en que el gran filósofo Poquita Cosa se disponía á marcharse á la clase, el señor Eyssette padre le llamó al almacén, y en cuanto le vió entrar, le dijo con su voz brutal:

—Deja los libros, Daniel, que no vas al colegio.

Después de decir esto el señor Eyssette padre, se puso á pasear muy agitado, y sin decir ni una palabra, por el almacén. Parecía estar muy conmovido, y os aseguro que también lo estaba Poquita Cosa. Después de larga y silenciosa pausa el señor Eyssette padre, tomó la palabra.

—Hijo mío,—dijo,—tengo que darte una mala noticia, pero muy mala... Nos vamos á ver obligados á separarnos y he aquí el por qué...—al llegar á este punto se oyó un sollozo desgarrador detrás de la entreabierta puerta.

—¡Eres un asno, Jacobo!—gritó el señor Eyssette sin volverse, y luego añadió:

—Cuando vinimos á Lyon arruinados, hace ocho años, por los revolucionarios, yo esperaba á fuerza de trabajo reconstituir nuestra fortuna, pero el demonio se mezcló en

ello y no logré más que hundirnos hasta el cuello, llenándonos de deudas y cayendo en la miseria... Al presente estamos completamente encharcados. Para salir de este pantano no nos queda más que seguir un camino ahora que sois grandecitos; vender lo poco que nos queda y buscar nos la vida cada uno por nuestro lado.

Un nuevo sollozo de Jacobo interrumpió al señor Eyssette, mas estaba éste tan conmovido que no se incomodó y se limitó á hacer una señal á Daniel para que cerrase la puerta, y hecho esto, prosiguió:

—He aquí, pues, lo que he decidido. Hasta nueva orden tu madre se va á vivir al Mediodía á casa de su hermano, tu tío Bautista. Jacobo se quedará en Lyon, porque encontró una colocación en el «Monte de Piedad». En cuanto á mí, entré de viajante en la «Sociedad Vinícola» y tú, pobre hijo mío, tendrás también necesariamente que ganarte la vida. Precisamente ahora acabo de recibir una carta del rector que te propone una plaza de pasante. Toma, léela.

Poquita Cosa cogió la carta y sin dejar de leer, respondió:

—A lo que veo, no puedo perder tiempo.

—Es preciso que marches mañana.

—Está bien, marcharé,—contestó Poquita Cosa, y doblando la carta, se la devolvió á su padre con mano que no temblaba. Como veis era un gran filósofo.

En el mismo momento entró en el almacén la señora Eyssette, á la que siguió tímido Jacobo... Los dos se acercaron á Poquita Cosa y le besaron en silencio. Desde la víspera estaban enterados de lo que ocurría, y el señor Eyssette dijo bruscamente:

—¡Que se ocupe de su equipaje, porque marchará mañana por la mañana en el vapor!

La señora Eyssette exhaló un profundo suspiro, Jacobo empezó un sollozo, y todo quedó dicho. Se comenzaba en aquella casa á estar hechos á la desgracia. Al siguiente día de aquella mañana memorable, toda la familia acompañó á Poquita Cosa hasta el vapor, que, por extraña coincidencia, era el mismo que seis años antes llevara á la familia Eyssette á Lyon. Capitán Geniés y contraamaestre Montelimart, como era natural, se recordaron algunos incidentes del desembarco: el paraguas de Ana, el loro de Robin-

son, y varios otros episodios... Estos recuerdos alegraron un tanto tan triste partida, é hicieron aparecer vestigios de una sonrisa en los labios de la señora Eyssette. De pronto sonó la campana y fué preciso partir, y Poquita Cosa, arrancándose de brazos de sus parientes, cruzó animosamente la pasarela.

—¡Sé formal!—le gritó su padre.

Y su madre añadió:

—¡Cúidate y no caigas enfermo!

Jacobo quiso hablar y no pudo: lloraba demasiado. Poquita Cosa no lloraba, pues, como tuvo el honor de manifestárselo era un gran filósofo, y en concepto de tal no debía enternecerse. Y, no obstante, bien sabía Dios cuánto quería á aquellos seres que dejaba á su espalda envueltos en la niebla. Dios sabía que habría dado por ellos toda su carne y toda su sangre; mas ¿qué queréis? La alegría de marcharse de Lyon, el movimiento del vapor, la embriaguez del viaje, el orgullo de sentirse hombre hecho y derecho, hombre libre y que viajaba sólo para ganarse la vida, todo ello desvanecía á Poquita Cosa y le impedía pensar, como debía haberlo hecho, en los tres seres queridos que sollozaban allá abajo, de pie en los muelles del Ródano... ¡Ah! Y aquellos tres no eran filósofos. Con mirada ansiosa y llena de ternura, seguían la marcha asmática del vapor, y su penacho de humo ya no tenía más tamaño en el horizonte que el de una golondrina, cuando ellos seguían gritando aún:

—¡Adiós! ¡Adiós!—y haciendo señas.

Mientras esto sucedía, el señor filósofo, por la cubierta, con las manos en los bolsillos y la cara al viento, silbaba entre dientes, escupía muy lejos, miraba de soslayo á las damas é inspeccionaba la maniobra echándose las de hombre, pareciéndole que era un tipo encantador. Antes de llegar á Vienne contó al contraamaestre Montelimart y á sus dos marmitones que pertenecía á la Universidad y que se ganaba muy bien la vida, y aquellos señores le felicitaron por ello, lo que le puso muy orgulloso.

Una de las veces, cuando estaba paseando de un extremo á otro de la cubierta tropezó nuestro filósofo en la proa con el rollo de cuerdas, en el que seis años antes de ocurrir estos sucesos se sentara Robinson Crusoe durante largas horas con la jaula de su loro entre las piernas. La

vista del rollo de cuerda le hizo ruborizar un poco y reír bastante, y pensó:

—¡Qué aspecto más ridículo debía tener yo yendo á todas partes con aquella gran jaula pintada de azul y aquel loro fantástico!

¡Pobre filósofo! No sospechaba siquiera que toda su vida estaba condenado á cargar con aquella jaula pintada de azul, color de ilusión y con aquel loro verde, color de esperanza. Y ¡ay! en los momentos en que escribe estas líneas el desventurado joven lleva aún á cuestas esa gran jaula verde, sólo que, de día en día, está más descascarillado el azul de sus barrotes, y ¡qué diantre! el loro cada vez más desplumado.

El primer cuidado de Poquita Cosa en cuanto llegó á su ciudad natal, fué el de dirigirse á la Academia, en la que vivía el señor rector, amigo de Eyssette padre, y que era un guapo anciano vivaracho y seco y que no tenía nada de pedante ni cosa que se le pareciera. Acogió con gran benevolencia á Eyssette hijo, y sin embargo, cuando hicieron entrar á éste en su despacho, el buen señor no pudo contener un gesto de sorpresa.

—¡Gran Dios! ¡Qué chiquitillo es!—exclamó.

En verdad que Poquita Cosa era ridículamente pequeño, y que además tenía un aire muy juvenil y atortolado. La exclamación del rector le impresionó mucho. «No me van á querer tomar», se dijo, y todo su cuerpo se echó á temblar. Por fortuna, y como si hubiese adivinado lo que pasaba en aquel apurado y pequeño cerebro, apresuróse á decir el rector:

—Acércate, amigo mío. Vamos á convertirte en un pasante de colegio... A tu edad, con esa estatura y esa cara, va á ser oficio dificultoso, y más penoso para ti que para otros muchos... Pero, en fin, puesto que es necesario para que te ganes la vida, arreglaremos las cosas de la mejor manera posible... Para empezar no te meteremos en una barraca muy grande, sino que voy á enviarte á un colegio comunal, situado á algunas leguas de aquí, en Sarlande, en plena montaña... Una vez allí harás tu aprendizaje de hombre, crecerás, echarás barba y cuando tengas otro pelo ya veremos.

Sin dejar de hablar el rector escribía al principal del co-

legio de Sarlande para recomendarle á su protegido. Cuando estuvo terminada la carta se la entregó á Poquita Cosa, aconsejándole que se marchase aquel mismo día. Dióle además unos cuantos consejos muy prudentes, y le despidió dándole una amistosa palmadita en la mejilla y prometiéndole que no le perdería de vista, y héte aquí á mi Poquita Cosa muy contento. De cuatro en cuatro bajó la escolar escalera de la Academia, y sin perder tiempo, fué-se á tomar el billete para Sarlande.

La diligencia no salía hasta la tarde; tenía, por tanto, que esperar aún cuatro horas, que Poquita Cosa aprovechó para irse á pasear al sol, y para mostrarse á sus compatriotas. Cumplido este primer deber, creyó que debía tomar algún alimento y se fué en busca de alguna casa de comidas que estuviese al alcance de su escarcela... Precisamente frente á los cuarteles, descubrió una muy aseada, reluciente y con una muestra nuevécita: «Al compañero de la vuelta de Francia».

—He aquí lo que me conviene,—se dijo, y después de vacilar unos momentos, pues era la primera vez que Poquita Cosa entraba en un establecimiento de aquella clase, empujó animosamente la puerta. La taberna estaba en aquel momento desierta... Tenía las paredes enjalbegadas con cal, algunas mesas de encina, y en un rincón los largos bastones de los «compañeros» con sus cabos de cobre y sus adornos de cintas multicolores... Detrás del mostrador hallábase un hombre que roncaba con la nariz tocando al periódico.

—¡Eh! ¿Quién sirve aquí?—dijo Poquita Cosa golpeando con el puño cerrado el tablero de una mesa como si fuese un asiduo concurrente de tabernas.

El del mostrador no se despertó por tan poca cosa, pero la tabernera salió corriendo de la trastienda, en la que se hallaba, y al ver al nuevo parroquiano que le proporcionaba el ángel de la casualidad, dió un gran grito:

—¡Misericordia divina! ¡El señor Daniel!

—¡Ana! ¡Mi vieja Ana!—respondió Poquita Cosa y héte los al uno en brazos de la otra.

—Sí. ¡Dios mío! Era Anita, Ana, la antigua criada de los de Eyssette y á la sazón tabernera, patrona de los «compañeros de un gremio», casada con Juan Peyrol, que era aquel hombre obeso que roncaba detrás del mostrador. ¡Si

supiérais cuán dichosa era en aquel momento la buena de Ana al volver á ver al señor Daniel! ¡De qué modo le besó y estrechó en sus brazos como si quisiese ahogarle!

En medio de aquellas efusiones de cariño despertóse el hombre del mostrador que se quedó un tanto asombrado al ver la calurosa acogida que su esposa dispensaba á un joven desconocido, pero cuando supo que éste era el señor Daniel Eyssette en persona, púsose encarnado de alegría y á su vez se apresuró á cumplimentar á tan ilustre visitante.

—¡Almorzásteis ya, señor Daniel,—preguntó Juan Peyrol.

—No, á fe mía, y para eso fué precisamente para lo que entré aquí, mi buen Peyrol.

¡Justicia divina! ¡El señor Daniel no había almorzado! La vieja Ana fuese corriendo á la cocina, y Juan Peyrol bajó apresuradamente á la bodega, una famosa bodega según decían los del gremio que allí se reunían. En un abrir y cerrar de ojos estuvo preparado todo, y puesta la mesa y Poquita Cosa no tuvo que hacer más que sentarse y empezar á funcionar. A su izquierda, Ana le cortaba rabanaditas de pan para los huevos, que eran frescos de aquella misma mañana, blancos, mantecosos... y á su derecha escanciábale Juan Peyrol, un añejo Chateau-Neuf-des-Papes, cuyas gotas hacían el efecto de un puñado de rubíes arrojados en el fondo del vaso. En aquel momento, era Poquita Cosa muy dichoso, bebiendo como un templario y comiendo como un hospitalario, á pesar de lo cual halló medio para contar, entre bocado y bocado, que acababa de entrar en la Universidad, lo que le permitía ganarse de una manera decorosa la vida. Era digno de verse la manera y el aire con que decía eso de «ganarse decorosamente la vida». La anciana Ana quedóse como embelesada de asombro.

El entusiasmo de Juan Peyrol no fué menos vivo; si bien le parecía la cosa más natural del mundo que el señor Daniel se ganase la vida puesto que se hallaba en estado de hacerlo. A la edad del señor Daniel hacía ya cuatro ó cinco años que él, Juan Peyrol, corría por el mundo y no costaba ni un céntimo á sus padres sino que por el contrario... Por supuesto que el digno tabernero se guardó

sus reflexiones para su delantal. ¡Atreverse á comparar á Juan Peyrol con Daniel Eyssette! Ana no lo hubiera permitido.

Mientras tanto Poquita Cosa seguía su obra; comía, bebía, hablaba, se animó y brillaron sus ojos y su mejilla se coloreó.

—¡Eh! ¡Id en busca de vasos, señor Juan Peyrol que Poquita Cosa quiere brindar!

Juan Peyrol fué en busca de los vasos y trincaron primero á la salud de la señora Eyssette; después á la del señor Eyssette, de Jacobo y de Daniel... luego á la de la buena Ana y á la del marido de Ana y por la Universidad, ¿por quién más aun?

De este modo pasaron dos horas bebiendo y charlando del pasado de color de luto, y del porvenir de color de rosa. Recordaron cosas de la fábrica, de la calle de la Lanterne, y á aquel pobre abate al que querían tanto... De pronto púsose en pie Poquita Cosa para marcharse.

—¡Tan pronto!—murmuró tristemente la anciana Ana.

Poquita Cosa se excusó diciendo que tenía necesidad de hacer una visita muy importante antes de abandonar la ciudad. ¡Qué lástima! ¡Se estaba tan bien allí! ¡Tenían que contarse aún tantas cosas! En fin, puesto que era necesario y una vez que el señor Daniel tenía que hacer una visita muy importante, sus amigos no querían detenerle más tiempo.

—¡Buen viaje, señor Daniel! ¡Que Dios os acompañe y guíe, querido señor!

Y hasta la mitad de la calle le acompañaron Juan Peyrol y su esposa con sus bendiciones.

¿Y sabéis á quién tenía que hacer Poquita Cosa aquella visita tan importante antes de abandonar la ciudad? Pues esta á la fábrica á la que tanto quería, y por la que tanto había llorado! Quería ver el jardín, los talleres, los añosos plátanos, amigos de su infancia, todas sus alegrías de los pasados tiempos. ¿Qué queréis? El corazón del hombre tiene sus debilidades; ama lo que puede aunque sea madera ó piedras... ó una fábrica... Aparte de esto ahí está la historia para contaros que Robinson, viejo ya, y de regreso á Inglaterra, se hizo otra vez á la mar y recorrió no sé cuantos miles de leguas para volver á ver su isla de-

sierta. No tiene, pues, nada de particular que, para poder ver la suya, diese Poquita Cosa unos cuantos pasos.

Los antiguos plátanos, cuya empenachada cabeza miraba por cima de las casas, reconocieron á su antiguo amigo que se acercaba á ellos con toda la ligereza que le permitían sus piernas. Desde lejos se hicieron signos y se acercaron unos á otros como para decirse: «¡Ahí está Daniel Eyssette! ¡Daniel Eyssette está de regreso!»

Y éste se apresuró, y, al llegar delante de la fábrica, se detuvo estupefacto al ver grandes tapias grises porlas que no asomaba ni una rama de granado ni de laurel rosa. En vez de ventanas, claraboyas; en lugar de talleres, una capilla, encima de la puerta una gran cruz de arcilla roja con un poco de latín alrededor. ¡Oh! ¡Qué dolor! La fábrica había dejado de serlo, para convertirse en un convento de monjas carmelitas, en el que los hombres no entraban jamás.

V

Gánate la vida

Sarlande es una ciudad no muy grande, de Cevennes construída en el fondo de un valle estrecho que las montañas rodean por todas partes como murallas. Cuando en ella da el sol, es un horno, y si sopla la tramontana, una nevera. El día en que yo llegué la tramontana sopla con furia desde por la mañana, y por más que esto sucediese en la primavera, Poquita Cosa, que iba en lo alto de la diligencia, sintió, al entrar en la ciudad un frío que le llegó hasta el corazón.

Las calles estaban oscuras y desiertas... En la plaza de Armas no había más que unas cuantas personas esperando el coche y paseándose por delante de la mal alumbrada administración. Sin perder ni un minuto, y apenas me apeé de la imperial del coche, hice que me acompañasen al colegio porque tenía prisa de entrar en